

## REDES EPISTOLARES, GÉNERO Y RIVALIDADES LITERARIAS: VALERA, GALDÓS, CLARÍN Y “LA CUESTIÓN ACADÉMICA” DE EMILIA PARDO BAZÁN

Olga Guadalupe  
*University of Pennsylvania, EE.UU.*

Los escritores de la generación realista-naturalista de la segunda mitad del siglo XIX establecieron redes personales y literarias muy fecundas a través del correo, privado y público. Por intercambios epistolares, en ocasiones muy notorios, se dirimieron las cuestiones literarias, sociales y culturales más candentes del momento, como el derecho de las mujeres al ingreso en las Academias o la polémica en torno al naturalismo. La carta, como género de debate auspiciada por la prensa en el XIX, es abundantísima y Emilia Pardo Bazán fue una de sus cultivadoras más asiduas y más acérrimas. Mediante correspondencia se practicó la crítica cultural y literaria, basada con frecuencia en la comunión de intereses o en una estimulante rivalidad, entretejiendo así una red consciente y constante de humanismo y amistad atesorados a través del correo que constituye un testimonio sin igual de un grupo de intelectuales y escritores pocas veces superado en las letras españolas. Por carta, además, se pusieron en marcha relaciones amorosas que producirían un trasvase fertilísimo a la novela; y por el mismo medio se hicieron algunos de ellos escritores y dieron el salto a la novela epistolar. Tal es el caso de Valera. Y lejos de la esfera pública también, la carta personal, en ocasiones muy privada, como las intercambiadas entre Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós, o en entre este último y Concha Ruth Morell, nutrirán o servirán de estímulo a la ficción novelística, como en *Tristana*, difuminando así las fronteras entre correspondencia real y ficción epistolar.

Por su parte, Pardo Bazán se carteo asiduamente con reputados eruditos y novelistas como Menéndez Pelayo, Pereda, Valera, Clarín, Galdós... en un tono siempre íntimo, amistoso y confidencial. Clarín se refirió a ella –con respeto sincero en aquella ocasión– como “la dama que tiene correspondencia con medio mundo literario” (Bravo-Villasante 1962: 136). Pero por su habilidad persuasiva y su omnipresencia en un mundo predominantemente masculino, produjo la autora no poca irritación. Asimismo, cuando se divulgue su correspondencia íntima con Galdós, el discurso de sus cartas afectivas, repletas de modernidad, revela al lector atónito unas cartas modélicas por la absoluta naturalidad, gracia y complicidad entre correspondientes que parecen sentirse unidos por una comunión personal y de intereses literarios.

Galdós, menos dado que Clarín, Pardo Bazán o Valera, por ejemplo, a establecer redes de epistolaridad profesional, cuando recurría a estas, se cuidaba mucho más que sus colegas de emitir juicios personales que le comprometieran a él y a terceros, lo cual le permitió mantener una posición más equidistante en las guerras culturales y personales entabladas entre los miembros de la generación de novelistas de la segunda mitad del siglo. Los juicios literarios de Galdós, alejado de la crítica y de la polémica en publicaciones periódicas, a diferencia de Clarín o Pardo Bazán, y centrado en su carrera de creador de ficciones novelísticas, se emitieron alguna vez por carta privada y así se carteo con Mesonero Romanos, con Clarín, con Unamuno, con Pereda, con quien mantuvo una disputa epistolar a raíz de la publicación de *Gloria*, o empleó el medio epistolar para dar a conocer sus ideas sobre el teatro o para hacer crítica de *La Regenta* en su correspondencia con Leopoldo Alas. En cambio, Galdós fue mucho menos remiso a escribir cartas amorosas. Si a Pereda, a Clarín o a Narciso Oller les da siempre excusas por su falta de celeridad en las respuestas, a Concha R. Morrell no cesa de recriminarle que no le escriba y de recordarle que le envía correspondencia constantemente. A Teodosia Gandaras le despachó cartas diarias, en las que, por el contrario, se congratulaba de la puntualidad como correspondiente de su amor de madurez.

En todo caso, buena parte de esta correspondencia literaria entre los intelectuales de mediados y finales del ochocientos se dedica a la promoción de libros, los propios y los de los amigos; en ella se expresan adhesión o inquina en un momento en que los novelistas se profesionalizan por el mercado literario y el auge de la prensa y las publicaciones periódicas. La correspondencia y los artículos publicados en periódicos y revistas dan cuenta de una generación de escritores muy consciente del modo de hacer carrera literaria y de la pugna por acceder a los espacios de sociabilidad cultural. Mediante la escritura de cartas, emitieron sus juicios interesados sobre las obras de unos y otros, diciéndolo todo o solo parte, según la índole del destinatario, y creando así una cadena de relaciones “yo-tú-no le digas nada a él/ella”. Ejemplo de ello sería la carta que escribe Pereda a Galdós sobre la obra y la personalidad de Pardo Bazán:

*Los pazos* me han parecido la mejor novela de la Pardo, con capítulos de una belleza indiscutible, sin que aparezca por toda la novela señal alguna de ese pujo de sectaria artificiosa del naturalismo convencional al uso, que tanto la perjudica en otras. Así se lo he dicho, o dado a entender, al escribirla. Lo que reputo por insoportable e indigerible, es la autobiografía del principio; aquello, salvo la forma y el “argumento” es de una cursilería semi estúpida que tumba de espaldas. Sobre estas páginas del libro no le he dicho ni una sola palabra por temor de soltar una desvergüenza. (Citado en Bravo-Villasante 1962: 134)<sup>1</sup>

En las redes, por tanto, adquirió un papel esencial la figura de Pardo Bazán y lo que destila parte de esta producción epistolar –los periódicos son con frecuencia envíos de cartas– es la pugna de las mujeres escritoras por ejercer sus derechos y su influencia, y la consiguiente burla de que son objeto por parte de sus rivales masculinos. Los novelistas no solo compartían ideas sino también amistades y sus cartas cruzadas conforman un mosaico de relaciones literarias, no siempre del todo sinceras en lo que respecta a la consideración de Pardo Bazán.

Examinemos las dos “Cartas a Gertrudis Gómez de Avellaneda (En los Campos Elíseos)”, subtituladas “La cuestión académica”, de Emilia Pardo Bazán. La correspondencia se establece con una destinataria empírica pero “irreal” e imposible, pues Pardo Bazán escribe a una Avellaneda ya muerta, convirtiéndola en su homóloga a tiempo real; el verdadero receptor de las cartas es, sin embargo, el lector de la prensa. Entre ellos se encuentran, como se verá, unos cuantos posibles lectores latentes a quienes Pardo Bazán tiene en mente y se comprenden mejor cuando se examinan paralelamente a otras redes epistolares que renombrados intelectuales establecieron simultáneamente entre sí y con la autora de *La cuestión palpitante*. Pero en principio, mediante unas cartas a una amiga de cuitas históricas, se justifica lo que de otro modo podría entenderse como un ejercicio de autopromoción o de egolatría, una carta abierta a los lectores que aireara un asunto particular ante los ojos de los demás: el del inminente y eminente rechazo académico de Pardo Bazán. Más que un tema personal el que se ventilaría aquí, se trataría de un eslabón más en la cadena de rechazos y exclusiones por razones de género.

En realidad, la elección de Avellaneda, una de las poetisas más sobresalientes de la primera mitad del siglo y rechazada a su vez por la Academia de la Lengua casi cuatro décadas antes, y por lo tanto corresponsal idónea, le vino a Pardo Bazán perfectamente servida por la prensa. En el exordio de la primera carta explica a su destinataria las circunstancias de la comunicación:

Es el caso que un periódico de esta corte, llamado *El Correo*, inserta en su número del 24 del presente mes cuatro epístolas tuyas, con el título “Las mujeres en la Academia,” el subtítulo “Cartas inéditas de la Avellaneda” y un encabezamiento del que trataremos. Están dirigidas á persona cuyo nombre sustituyen a dos xx, y el contenido manifiesta tus gestiones á fin de ingresar en la Academia Española. (A Avellaneda, “La cuestión académica” 173)

---

<sup>1</sup> Para referencia a otros fragmentos tocantes al prólogo que la autora puso a *Los pazos de Ulloa* y a la inferioridad intelectual de las mujeres en la correspondencia cruzada entre Pereda, Valera y Menéndez Pelayo, ver Durán (282-283).

Es así, a partir de la exhumación y del envío que realiza un lector del diario *El Correo*, un tal F. Vior, de cuatro cartas de Avellaneda, cuyo contenido reflejaba el interés de la poeta cubana por entrar en la Academia y las gestiones infructuosas que realizó, y que el diario publica ahora a treinta y seis años de su muerte, que Pardo Bazán hace una lectura interesada de la publicación de las cartas. *El Correo* publicaba estas cartas de Avellaneda para establecer veladamente una relación con la actualidad literaria: la posibilidad de que la candidatura de Pardo Bazán fuese rechazada al igual que la de su antecesora. En la lista de rechazos, su nombre vendría a engrosar la nómina femenina de Carolina Coronado, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rosalía de Castro, Cecilia Böhl de Faber y Concepción Arenal; un rechazo que en el caso de nuestra autora se produciría en tres ocasiones, en 1889, 1892 y 1912.

Pardo Bazán, por tanto, escribe estas dos cartas en respuesta a la correspondencia póstuma de Avellaneda publicada en la prensa porque sospecha que la publicación tan a destiempo de las epístolas de la poeta cubana, está temporalmente motivada:

La oportunidad de exhibir semejante correspondencia consiste en que estos días se ha echado a volar otro nombre de mujer para cubrir la vacante de un sillón académico, y se ha vuelto a poner en tela de juicio la cuestión de si las mujeres pueden o no pueden ser admitidas en la Academia. Y el nombre que se ha pronunciado es el mío. (A Avellaneda, “La cuestión académica”, 174)

Las cartas reenviadas de Avellaneda y sacadas de su armario confidencial con maliciosas intenciones motivan, pues, estas dos espléndidas y poco conocidas epístolas que Pardo Bazán publicó en *La España Moderna* en 1889 por el tiempo en que mantenía relaciones sentimentales con Galdós, miembro desde ese año de la Academia de la Lengua, no sin su considerable dosis de polémica y algún intento fallido, y justifican la invención de la destinataria y el artificio epistolar.<sup>2</sup>

Efectivamente, *El Correo* de 1889, diario de Madrid del 24 de febrero, lleva en primera página un artículo con el titular de la redacción del diario que reza “Las mujeres y la Academia” y el subtítulo “Cartas inéditas de la Avellaneda,” remitidas supuestamente por F. Vior (un corresponsal) al director de *El Correo*, Manuel Pastrana.<sup>3</sup> La nota introductoria de Vior no incluye ningún vaticinio con respecto a la candidatura de Pardo Bazán o la más mínima mención expresa a esta, aunque las cartas, al ir precedidas de los rótulos mencionados, establecen implícitamente la conexión (al menos, en el sentir de la escritora). La presentación de Vior, no exenta de malicioso sarcasmo, indica que por el año 53 la poeta cubana había realizado gestiones y que “doña Gertrudis, avezada a las mañan conventuales” se vio burlada en sus legítimas aspiraciones.

Pardo Bazán se siente, pues, aludida con la publicidad de esta correspondencia privada y su respuesta no se hace esperar en dos cartas que son una defensa tanto de la poeta cubana como una reivindicación del derecho de las mujeres a ingresar en la Institución. Con Avellaneda como confidente la autora establece directamente una conversación graciosa, inteligente y ágil para hacer pasar el propio merecimiento de ingreso en la Academia por una apología de los derechos de la poeta cubana. El otro destinatario, indirecto pero de mayor peso como receptor de la comunicación, es el lector externo, es decir, caben otros receptores en el nivel más profundo de la enunciación epistolar. En la invención de los destinatarios y los receptores, las cartas de Pardo Bazán rebosan comunicación cómplice y en clave con todos ellos.

---

<sup>2</sup> Sobre “la asonada académica” y las diferentes intrigas de las que fue blanco Galdós hay referencias en la correspondencia de Pardo Bazán al novelista en cartas de 7-XII-88, 18-I-89, 5-II-89, en carta de fecha atribuida a 10-IV-89 y en 25-IV-89 (*Cartas de amor clandestino*, en pp. 173, 178, 189, 251, respectivamente). En ellas la autora se permitió aconsejarle a Galdós que no se apresurara a postular su ingreso después del primer rechazo a la candidatura de este, consejos que no fueron atendidos.

<sup>3</sup> En la Biblioteca Nacional de Madrid se encuentra el artículo con las cartas de Avellaneda de *El Correo* de Madrid, año X, n.º 3250, del domingo 24 de febrero de 1889 (signatura Z/1293, microfilm [BREV/158]). Las dos cartas de respuesta de Pardo Bazán en *La España Moderna* llevan fecha del 27 de febrero.

En la *narratio* de la primera epístola se aducen dos razones en defensa de la actitud de Avellaneda: la primera, sus méritos y su derecho a reclamarlos, frente a los de los opositores que la posteridad ha sumido en el olvido; y la segunda, en tiempos de Avellaneda la oposición académica hacia las mujeres era notablemente menor que en el “siglo progresista”, como califica la autora irónicamente al periodo surgido tras la Revolución de Septiembre. Comprendía lúcidamente Pardo Bazán que el cerco para impedir el progreso y la igualdad de las mujeres se estrechaba en proporción al mayor liberalismo y apertura de la época. Comparando los dos momentos, el de Avellaneda y el de Pardo Bazán, considera esta última que la primera había contado al menos con los apoyos ilustres de Quintana, Pacheco, Duque de Rivas, Hartzenbusch, Pastor Díaz, Mesonero Romanos y Roca de Togores. Casi tantos, añade, como los del último ingreso “de un novelista preclaro, en lucha con un catedrático del Instituto de San Isidro”. La alusión velada, sin nombre, la primera pero no la última de las cartas, en este caso a Galdós, quien había sido finalmente admitido en la sacrosanta institución ese mismo año, 1889, da lugar a una jugosa lectura en clave de las epístolas y a una prudente e intencionada ampliación del círculo de lectores. Por medio de la referencia encubierta a Galdós, comparaba Pardo Bazán la candidatura de Avellaneda –e implícitamente la propia– en número de apoyos ilustres con los del autor de *Doña Perfecta*, en liza con un oponente sin méritos.

¿Cuál fue la actitud de Galdós en relación a la candidatura de Pardo Bazán? ¿Su silencio afectaría acaso a la relación íntima entre ambos? En la extraordinaria correspondencia íntima de Pardo Bazán a Galdós de ese mismo año se transparenta que la cuestión académica, así como la publicación de las cartas de Avellaneda y la burla que hay en estas del tal Vior, junto con la publicación de las dos epístolas de respuesta de Pardo Bazán, les costó algún sinsabor en la relación, pues además las polémicas sobre sus respectivas candidaturas se producían a pocos meses de distancia; no en vano Pardo Bazán encabezaba su carta del 20 de marzo de 1889 “mi ilustre amigo y compañero de infortunios académicos” (*Cartas de amor clandestino* 205). Teniendo en cuenta el inefable discurso afectivo que predomina en la correspondencia con Galdós, en las cartas en las que hay referencia al asunto académico, el de la escritora, el tono de estas resulta extrañamente distanciado. El estilo es formal y al mismo tiempo el sentimiento es impulsivo y apasionado, propio de quien quiere retomar unas relaciones que han sido contrariadas. Se da a entender en ellas también que Galdós le habría aconsejado silencio y discreción en torno al desafortunado asunto que les comprometía a los dos, a la relación literaria y personal, mantenida en celoso secreto. La actitud de ambos y las consecuencias que el dichoso asunto de la Academia consiguió ocasionarles puede deducirse del siguiente fragmento de ese mosaico epistolar, sin orden y sin fechas, que constituyen las 92 cartas cifradas y en clave que conocemos de una de las partes de la correspondencia privada entre Pardo Bazán y Galdós:

Respecto a Academia y cartas, me sucede lo que a V; tan aburrida estoy de esas tonterías que ya, después de decir en alto y a voz en cuello que *no he gestionado*, me estomaga que me hablen de eso. He visto la pequeñez de muchas gentes a quienes la fama llama grandes; he oído mentir a varones en el mismo instante en que reclamaban la superioridad de su seso [...] Ojalá nadie resuelle, y no escriban en pro ni en contra. Con mi temperamento batallador, me encontrarán si me buscan, y hoy por hoy preferiría vivir tranquila y cultivar, como V, mi jardín literario [...] Lo que me duele es no poder desahogar con V. todas estas cosas. Creo que a eso se debe mi excitación nerviosa cuando de Academia se trata. De lo que V. y yo hacíamos asunto de risa, ahora hago yo tela de mal humor, y me echo a perder el hígado tontamente. De aquí a ochenta años, la gente se reirá de tantas cosas! Y nuestros huesos estarán tan reducidos a polvo! (Énfasis de la autora, *Cartas a Galdós*, 34-35)

Volviendo a la lectura en clave de las cartas a Avellaneda, en la segunda epístola, el asunto tratado es el de la opinión de la autora sobre el ingreso de las mujeres en la “benemérita corporación”. La cerrazón académica contrasta, informa la autora a su corresponsal, con la opinión pública transmitida a través de la prensa, que va muy por delante en esta cuestión. Sobre la falta de derechos electorales, lanza la tercera alusión encubierta a “ciertos chascarrillos un poco picantes y muy salados que á última hora nos cuenta un académico [...] y es un gran adversario del naturalismo”. La referencia podría ser alusión a Juan Valera, el “amigo” Valera, quien de joven fuera pretendiente de Avellaneda. Una coincidencia y una historia soterrada que aflora ahora con singular ironía.

Valera había confesado en un acto de narcisismo literario este enamoramiento en una nota a un poema de juventud: “A Lelia. Estos versos fueron escritos por doña G. G. de A., a quien requerí de amores estando en Madrid por los años de 1842 a 1843. Tenía yo entonces diecisiete”. (Bravo-Villasante 1959: 25). “La Avellaneda diez años más”, añade Bravo-Villasante (25). El autor de *Pepita Jiménez* llenaría de elogios a Avellaneda en un artículo dedicado a su poesía años más tarde. Será, sin embargo, el mismo Valera quien redactará un folleto sobre las mujeres y la Academia manifestando una postura contraria al ingreso femenino en la Institución. Pese a la amistad y la admiración que con dobleces y reparos Valera parece profesarle a Pardo Bazán, el entonces académico de la lengua desde 1861, escribirá en 1891, cuando el nombre de la escritora volviera a airearse de nuevo como posible candidata, el opúsculo “Las mujeres y las Academias. Cuestión social inocente”. En este antiguo y anticuado menosprecio de varones y alabanza de virtuosas mujeres, Valera se manifiesta en contra de la admisión de académicas de número aunque acepta condescendiente la nominación honoraria y recuerda a las mujeres su verdadero sitio:

La mujer que es una buena madre de familia, a quien veneran y bendicen las criadas; que despunta por hacendosa y casera [...] me interesa y agrada mil veces más que una académica por sabia que sea, y suponiendo que las haya [...] es en la mujer pecaminosa rebeldía contra los decretos de la Providencia el afán de tornarse sobrado independientemente del hombre y de campar por sus respetos (861).

Insinúa el autor de *Pepita Jiménez* irónicamente además los inconvenientes a los que podría dar lugar la mezcla contra natura de hombres y mujeres en las Academias y concluye: “desistamos de la prosaica y rastrera idea de las academias bisexuales” (867). El panfleto, que mereció los elogios de otro académico y principal corresponsal del autor, Marcelino Menéndez Pelayo, y que vendría a dar al traste con las aspiraciones académicas de Pardo Bazán, debió de hacerle a la escritora más bien poca gracia. Pero entonces guardaría silencio. En la correspondencia que en aquel año Valera mantiene con Menéndez Pelayo, le expresa en carta del 22 de julio:

Supongo que llegaría a manos de usted mi folleto *Las mujeres y las Academias* [...] Doy por cierto que doña Emilia Pardo Bazán se pondrá muy brava y me contestará en su *Nuevo Teatro Crítico*, que, entre los burlones y profanos, ha valido a la autora el dictado de la madre Feijoo, y a su obra, por ser mensual, *el mes de doña Eulalia*, la cual a pesar de las burlas, no se ha de negar que tiene merito y que está dotada de inagotable e infatigable fecundidad. (*Correspondencia IV*, 344)

Seis días después, el 28 de julio, le escribe al mismo erudito con el reverso inocente de su culpabilidad:

Mi querido amigo Menéndez: Mucho me alegro de que recibiese usted y leyese con gusto mi folleto *Las mujeres y las Academias*. Aunque ahonde yo mucho en lo íntimo de mi conciencia, aseguro a usted que no veo que, al escribirle, me moviese el más imperceptible prurito de contrariar o de vejar a doña Emilia, sino la firme convicción de la disparatada cursilería de que trajésemos a doña Emilia a pedantear entre nosotros, sentada, v. gr., entre Commelerán y Fabié. Y no sería esto lo peor, sino la turba de candidatos que nos saldrían luego. Tendríamos a Carolina Coronado, a la Baronesa de Wilson, a doña Pilar Sinués y a doña Robustiana Armiño. Por poco que abriésemos la mano, la Academia se convertiría en aquelarre. (*Correspondencia IV*, 347)

La cuestión académica no se terminó aquí. En el número de marzo del *Nuevo teatro crítico*, escribe Pardo Bazán nuevamente sobre tan ardoroso asunto en forma de carta abierta que titula otra vez “La cuestión académica”. Para ese año, cuando vuelva a terciar en la polémica, su exasperación por el tema es palpable en una tercera epístola, dirigida en esta ocasión a Rafael Altamira, jurista e historiador vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, como carta abierta en respuesta a otra previamente publicada por este en *La España Moderna* sobre la misma cuestión.

En su respuesta a Altamira menciona Pardo Bazán la polvareda que suelen levantar en prensa los asuntos de la Academia, por ejemplo a propósito de las “extrañas vicisitudes de la candidatura de un gran novelista” (62) –Galdós nuevamente– y se refiere a otro que ahora arremete furiosamente contra ella, “otro novelista famoso, al fulminar contra mí los rayos de su ira, no omite hablar con retintín de mis pretensiones académicas” (62). El segundo “novelista famoso” debe de tratarse probablemente de

Clarín. El autor de *La Regenta*, el mismo que había prologado *La cuestión palpitante* en 1883, quien condescendía que Pardo Bazán “usa retórica persuasiva en sus cartas y desenfadada familiaridad, no común a las señoras que escriben” (Bravo-Villasante 1962: 85) y quien había visto en la escritora una conveniente aliada en defensa del naturalismo, es ahora su inexplicable detractor:

Sea como sea doña Emilia se presenta a defender la enseñanza de la mujer, causa por sí nobilísima, con un radicalismo, con unos aires de fronda y con un “marimachismo,” permítaseme la palabra, que hacen antipática la pretensión de esa señora, ya de suyo vaga, inoportuna, prematura y precipitada. Uno de los pruritos, casi pudiera decirse manía, de la ilustre dama, consiste en el afán de mezclar a hombres y mujeres, de hacerlos andar juntos y codearse en Academias, Ateneos y Universidades. (Citado en Charques Gámez 2003:161, nota 109)

Es precisamente por aquellas fechas, a partir de 1889, cuando se aprecia el cambio de actitud de Clarín con respecto a Pardo Bazán: la rivalidad literaria, con el agravante femenino, parece ser la causa. Carmen Bravo-Villasante (1962: 176-179) apunta que los motivos del cambio de actitud del autor de *La Regenta* hacia la escritora, que por aquel entonces publicaba *Insolación* y *Morriña*, se debió a la ruptura que se produjo entre el temido crítico y el director de *La España Moderna*, José Lázaro Galdiano, con quien la autora había tenido un pasajero desliz amoroso confesado a Galdós en una carta de sinceridad pasmosa. Clarín muestra su reticencia ante el mandato de Lázaro Galdiano de realizar una crítica ecuánime y sin dilaciones de las novelas de Pardo Bazán para la revista.<sup>4</sup>

De 1889 hasta comienzos de los 90, Leopoldo Alas no cesaría de hacer blanco obsesivamente a Pardo Bazán de sus burlas y de su crítica vitriólica en artículos y paliques. En carta a Galdós del 2 de julio de 1890 le escribe que doña Emilia se halla poseída de un “furor literario-uterino” que le lleva a producir incansablemente, deprisa y sin meditar (Saez Martínez 2008: 46) y la autora ya había comentado con Galdós por su parte la inquina de Clarín hacia ella en alguna carta de 1889:

*Morriña* según Clarín es *bastante mala* aunque *Insolación* es *todavía peor*. En su afán de poner defectos, hasta fue a sacarme una falta de gramática cometida en la *Dama joven* [...] Para mí la mala fe es evidente, y evidente también la intriga de Palacio, el cual no puede sufrir que la gente me ponga a mí después de ti y de Pereda, porque su tercer sitio lo quiere para sí el apagado y soso autor de *Maximina*. Pero es tiempo perdido, cada uno será lo que sea... y nada más. Sin embargo, ya que intriga, intrigaremos. Veremos quién fastidia un poquito a quién. Ya en mi artículo sobre Eça de Queiroz, enviado al *Imparcial*, algo le molestó indirectamente a Clarín, quitándole esa posición de novelista satírico y *hondo* que el se quiere arrogar. [...] En estos casos, no alborotándose y guardando dentro la malicia, se hace más. Por otra parte, yo no tengo tiempo ahora de meterme en literaturas, ocupada como me hallo en sacudirme mosquitos bélicos, que me vienen a trompetear al oído. (Énfasis de la autora, *Cartas de amor clandestino*, 314).

En los paliques de Clarín resulta palpable la animadversión hacia las pretensiones académicas de Pardo Bazán, hacia la figura de la mujer escritora y hacia la capacidad de influencia de la autora, quien andaba en la treintena luchando por abrirse un espacio de legitimación pública y literaria. A las pullas de Clarín, Pardo Bazán respondería con el silencio y su negativa a hacer la crítica literaria de sus novelas, críticas que le eran al autor de *La Regenta* igualmente necesarias para su consagración literaria y presencia en los medios.

La ofensa, la doble moral o la galantería, por tanto, fueron las estrategias retóricas más comunes para desautorizar a la mujer de letras. Y no es difícil apreciar la tensión que se produce entre los prejuicios patriarcales frente al talento literario femenino, junto a cierta masculinidad herida o ansiosa en el caso de los artículos hirientes de Clarín, y la admiración y asombro que produce la autora del

---

<sup>4</sup> La evolución de la actitud de Clarín con respecto a la figura y la obra de Pardo Bazán se puede seguir en la recopilación de Ermitas Penas de los artículos y paliques que el autor de *La Regenta* le dedicó a la escritora. Para un comentario adicional sobre la historia y los motivos de la animadversión de Clarín hacia Pardo Bazán, ver Davis y Bonet.

siglo XIX que mayor grado de prestigio literario y de influencia y mecenazgo había logrado conseguir. La pretensión de Pardo Bazán de entrar en la Academia de la Lengua es vista en todo caso por Clarín y Valera como una desviación aberrante, peligrosa e inaceptable de la normatividad patriarcal. Todo ello, además, en un momento en que el tema de la educación y emancipación femeninas, y el tema de la igualdad intelectual, son preocupaciones candentes que se reflejan con pujanza tanto en las ficciones de autores y autoras de la generación realista como en los escritos feministas de Concepción Arenal, Pardo Bazán o Clara Campoamor, o en las ideas de krausistas e institucionistas. Y cuando la mujer, bien lectora o escritora o bien deseosa de instruirse, o la que expresa deseos de emancipación económica, es frecuente en las ficciones decimonónicas de Pardo Bazán, Clarín o Galdós (*Gloria*, *La desheredada*, *Memorias de un solterón*, *La Regenta*, *Tristana*, *La estafeta romántica*, etc.).

Galdós merece un capítulo aparte. Frente a los deseos de sus personajes femeninos de instruirse o emanciparse es frecuente que los personajes masculinos expresen desinterés o preocupación ante dichas pretensiones. Pero estas ideas no corresponden de manera unívoca a las del autor: conforman y confirman de manera realista más bien el discurso hegemónico en torno a la mujer letrada, así como el interés que despierta en el novelista la mujer que anhela ser instruida. Este interés hubo de deberse también, sin duda, a la relación personal que Galdós mantuvo con mujeres lectoras de cierta cultura como Morell o escritoras académicas como Pardo Bazán, voraces consumidoras de sus novelas, y quienes de manera coincidente expresaron en sus cartas su deseo de emancipación profesional y literaria. Este interés de Galdós comienza con *Gloria* y se extiende al menos hasta *La estafeta romántica*, pero no pasa de representar en su ficción a mujeres que no consiguen realizar sus pretensiones, a pesar de que el autor conocía modelos de la realidad ciertamente excepcionales.

Galdós, que hubo de conocer bien los escritos críticos de Leopoldo Alas con respecto a Pardo Bazán, pues en sus cartas le reconoce como al único crítico que lee y respeta, y había recibido comentarios mordaces de Pereda sobre la escritora, se mantuvo al margen del debate público sobre estos temas y sobre el derecho al ingreso de las mujeres en la Academia y el de Pardo Bazán en particular. El novelista y académico pudo verse atrapado entre las contradicciones del pensamiento masculino al uso ante la figura de la mujer letrada por un lado, y por otro, por su admiración a la escritora, su instintiva prudencia y aversión a las polémicas, y por supuesto, por su relación personal. El 24 de junio de 1885, unos años antes de su relación íntima con Pardo Bazán, le manifestaba en carta a Clarín,

Aún no he leído más que dos capítulos del *Cisne* de Emilia. Me ha gustado lo que he leído. De esta señora le diré a V. que tiene el inconveniente de ser mujer, y de perder por la mucha sabiduría, el encanto propio de la mujer. La he tratado bastante en los últimos días que estubo aquí, y es realmente instruidísima y tiene mucho talento. (*Correspondencia*, 125)

Sin embargo, a partir de la relación amorosa no parece haber más comentarios en redes, o al menos en su correspondencia con Clarín, que los muy breves pero positivos apuntes sobre la lectura de alguna novela de la autora o bien publicidad sobre la publicación de la obra de esta. Tal vez hubiera sido mucho esperar que quien se retrasaba con frecuencia en la correspondencia con sus amigos más fieles, como Pereda y Leopoldo Alas, y se resistía a entregar a este último unos datos bibliográficos para un artículo que preparaba sobre Galdós, o posponía de manera agónica la entrega de un prólogo para la segunda edición de *La Regenta*, se hubiera prestado a terciar públicamente en defensa de Pardo Bazán o sobre la entrada de mujeres en las Academias, teniendo sobre todo en cuenta su relación íntima con la escritora y que se postulaba la entrada de ambos escritores en la Academia de la Lengua por las mismas fechas. Intuyó, eso sí, que la inquina de su amigo Clarín hacia su amiga Pardo Bazán era arbitraria y, por lo que se infiere de la correspondencia de la escritora con Galdós, se habría permitido aconsejar a esta en 1889 sobre el asunto:

Me alegro de que te cerciorases de que mis sospechas respecto a los móviles de la conducta de Clarín no carecían de fundamento, porque no quisiera que me tuvieses por suspicaz y cavilona en demasía. Pero tienes razón, como siempre, pues tu instinto es de los más rectos que conozco, al aconsejarme que no intrigue. (*Cartas de amor clandestino*, 317)

Años más tarde de la ruptura de la relación entre Pardo Bazán y Galdós, en 1912, cuando se volviera a plantear por última vez su candidatura a la Academia de la Lengua, la autora le dirige una carta en abril de ese año en que agradece al novelista su “actitud tan noble y tan propia” ante “la Cuestión Académica” (*Cartas de amor clandestino*, 434), ya con mayúsculas, por lo que se puede deducir que Galdós habría estado, finalmente, entre sus defensores.

## Bibliografía

ALTAMIRA, Rafael (1891). “La cuestión académica (Carta abierta)”, en *La España Moderna*, pp. 183-188.

BRAVO-VILLASANTE, Carmen (1959): *Biografía de Don Juan Valera*. Barcelona: Aedos.

— (1962): *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*. Madrid: Revista de Occidente.

— (1971): “Aspectos inéditos de Emilia Pardo Bazán (Epistolario con Galdós)”, en *Actas IV Asociación Internacional de Hispanistas*, pp. 199-204.

BONET, Laureano (2003). “Clarín y E. Pardo Bazán: estampas de un conflicto literario”, en *La Tribuna*, n.º 1, pp. 163-176.

CHARQUES GÁMEZ, Rocío (2003). *Los artículos feministas en el ‘Nuevo teatro crítico’ de Emilia Pardo Bazán*. Alicante: Universidad de Alicante.

DAVIES, Gifford (1971): “The Literary Relations of Clarín and Pardo Bazán”, en *Hispanic Review*, vol. 39/n.º 4, pp. 378-394.

DURÁN LÓPEZ, Fernando (2008). “Las autobiografías femeninas en la España del siglo XIX”, en Pura Fernández y Marie Linda Ortega (eds.), *La mujer de letras o la letraherida: textos y representaciones del discurso médico-social y cultural sobre la mujer escritora en el siglo XIX*. Madrid: CSIC, pp. 263-287.

*Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo* (1930): Miguel Artigas Ferrando y Pedro Sáinz Rodríguez (eds.). Madrid: Compañía Iberoamericana.

GUADALUPE MELLA, Olga (2016). *Epistolaridad y realismo: la correspondencia privada y literaria de Juan Valera, Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós*. Santiago de Compostela: USC editora.

“Las mujeres y la Academia: Cartas inéditas de la Avellaneda”, en *El Correo*, año X/ n.º 3250, 24 de febrero de 1889.

PARDO BAZÁN, Emilia (1889). “La cuestión académica. A Gertrudis Gómez de Avellaneda (En los Campos Elíseos)”, en *La España Moderna* (febrero), pp. 173-184.

— (1891): “La cuestión académica. Al Sr. D. Rafael Altamira, Secretario del Museo Pedagógico”, en *Nuevo Teatro Crítico* 3 (marzo), pp. 61-73. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, 2004, <[www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/)> (10-02-2009).

— (1975): *Cartas a Benito Pérez Galdós (1889-1890)*. Carmen Bravo-Villasante (ed.). Madrid: Turner.

— (2013): *“Miquiño mío”*: *Cartas a Galdós*. Isabel Parreño y Juan Manuel Hernández (eds.). Madrid: Turner.

— (2019): *Cartas de amor clandestino y pública amistad*. Carlos Álvarez, Ana Isabel Mendoza y María Eugenia de la Nuez Bird (eds.). Las Palmas de Gran Canaria: Hora antes.

— (2000): “La cuestión académica. A Gertrudis Gómez de Avellaneda (En los Campos Elíseos)”, en *La mujer española y otros escritos*. Guadalupe Gómez Ferrer (ed.). Madrid: Cátedra, pp. 73-82.

PENAS VARELA, Ermitas (2003): *Clarín, crítico de Emilia Pardo Bazán*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

PÉREZ GALDÓS, Benito (2016): *Correspondencia*. Alan E. Smith, María Ángeles Rodríguez Sánchez y Laurie Lomask (eds.). Madrid: Cátedra.

SAEZ MARTÍNEZ, Begoña (2008): “Críticos, críticas y criticadas: el discurso crítico ante la mujer letrada”, en Pura Fernández y Marie Linda Ortega (eds.), *La mujer de letras o la letraherida: textos y representaciones del discurso médico-social y cultural sobre la mujer escritora en el siglo XIX*. Madrid: CSIC, pp. 33-53.

TOLLIVER, Joyce (2003): “‘My Distinguished Friend and Colleague Tula’: Emilia Pardo Bazán and Literary-Feminist Polemics”, en Lisa Vollendorf (ed.), *Recovering Spain’s Feminist Tradition*. New York: MLA, pp. 217-237.

VALERA, Juan (1961): “Las mujeres y las Academias. Cuestión social inocente”, en *Obras Completas II*. Luis Araujo Costa (ed.). Madrid: Aguilar, pp. 856-868.

— (1961): “Poesías líricas de Gertrudis Gómez de Avellaneda”, en *Obras Completas II*. Luis Araujo Costa (ed.). Madrid: Aguilar, pp. 370-382.

— (1958): *Correspondencia. Obras completas III*. Madrid: Aguilar. Disponible en: *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, 2000, <[www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html](http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html)> (08-01-2009).

— (2003): *Correspondencia*, Leonardo Romero Tobar (ed.). Madrid: Castalia.